

la corriente de los siglos, con perfecta maestría. Vuestra cultura es aquélla, universal, que sólo son capaces de atesorar con juvenil avidez, sin exclusivismos, los espíritus esclarecidos de América cuando dirigen sus miradas hacia el saber del viejo mundo. Singularmente modesto, habéis dejado dispersa en los periódicos vuestra múltiple y riquísima labor, con la cual podrían y deberán formarse muchos libros orgánicos, sólidos, henchidos de ideas, noblemente inspirados y sabrosamente escritos. ¡Qué exquisita cultura se muestra en ellos y aun en la más pasajera expresión de vuestro pensamiento! A través de los años, antes de que colaborarais en *La Nación* y después de que os incorporasteis al cuerpo de sus corresponsales, nos habéis hablado de política, de economía, de historia, de ciencia, de arte, de letras, siempre con criterio seguro de hombre que ha acrisolado su cultura y madurado su pensamiento. Vuestros artículos, vuestros ensayos, son de una pieza: dicen bellamente, con vigor y rigor lógicos, cosas nobles y justas. La larga residencia en Inglaterra ciertamente no ha sido ajena a vuestro perfeccionamiento espiritual. Tan español como sois por la lengua rica y jugosa que manejaís, tenéis mucho de inglés por la seriedad y solidez del raciocinio. En vuestros escritos nunca asoman la garrulería, el conceptismo, el preciosismo que tantos estragos hace hasta entre los más agudos ingenios españoles. Aquella digna seriedad del pensamiento que tanto debe a las disciplinas clásicas, que se muestra en los publicistas ingleses, así se llamen Macaulay como escriban en los periódicos del día, seriedad que no está reñida con un sano humorismo, no es el rasgo menos característico y precioso de vuestra obra. Y como habéis contemplado durante muchos años las cosas del mundo desde un alto observatorio europeo, apartado de las mezquindades del localismo y desligado de los intereses creados, y sois independiente y tolerante por naturaleza, no hay impulso ni movimientos modernos—aunque encontrados, en esta época de todas las tentativas y de todas las experiencias—que no hayáis considerado con comprensiva atención. ¿Qué más se necesita para ser un buen maestro? Talento, ilustración, carácter, clarividencia, afán de bien, todo lo tenéis. Por eso, señor, los intelectuales argentinos rendimos este homenaje de afecto y camaradería al ilustre colega colombiano.

#### Discurso de B. Sanín Cano

Señorita, Señores: Las palabras gentilísimas del preciado escritor argentino señor Giusti me han conmovido hasta privarme casi del uso de la palabra. Hay estados de ánimo, como el que me embarga en este momento, cuya expresión más adecuada y más reverente es el silencio. La adoptaría en esta ocasión si no fuera que el silencio es también, y muy frecuentemente, el vehículo furtivo de la simulación. Debo pues hablar, previniendo desde antes a mis ga-

lantes anfitriones que van a tener que prestar su valiosa atención a un orador detestable y a razonamientos de mérito secundario.

En primer lugar mi posición es falsa: Acaban Uds. de escuchar en frase de una tersura y elegancia insuperables el elogio inmerecido de un hombre de buena voluntad. No recuerdo haberme visto sino una vez en posición semejante a ésta en que me han colocado la bondad ilimitada y las excelentes dotes de escritor y analista del señor Giusti. Enseñaba inglés hace algunos años a una mujer inteligente y hermosa que había recogido por sí sola algunas nociones sobre la lengua del Imperio Británico. En la primera lección se trató de pronunciar la palabra *potatoes* que la señora articulaba exactamente, como si fuera una voz española, tal como está escrita. Hube de corregirla tratando de darle la precisa pronunciación inglesa que difiere substancialmente de la que tendría esa palabra si fuera española. Mi discípula me miró fijamente con ojos de Minerva y me dijo: «A las Señoras no se les contradice».

En tal situación me encuentro frente al señor Giusti y a los benévolos caballeros que me acompañan. A una señalada atención yo debo contestar contradiciéndolos. Algún mérito debe tener el individuo a quien se hace una manifestación como ésta. Pues, señora y señores, yo me he examinado cuidadosamente buscando esos méritos y acaso he dado con una leve cualidad que justifique esta generosa demostración.

Faltando a mi natural timidez y exagerando un tanto vuestra penetración, me atrevo a decir que acaso me hacéis esta manifestación porque habéis descubierto que soy un escritor sin rival. En efecto, no tengo rival entre los poetas porque jamás he escrito versos; no le tengo entre los novelistas porque, incapaz de mirarme introspectivamente para adjudicarles en seguida mis ideas y sentimientos a personajes imaginativos, no he inventado ni publicado novelas; me ha fascinado la luz de las candilejas, pero hombre extraño a las grandes emociones y profundamente débil ante las expectativas ansiosas, he preferido contemplar esa luz desde las butacas, no detrás de bastidores, donde se colocan los autores dramáticos y donde la vida late con un ritmo dionisiaco; tampoco tengo rival entre los ensayistas, porque no hay quien pueda decir que conciliara el sueño o prolongara la vigilia leyendo un libro de ensayos que yo haya perpetrado; considero, por último, no tengo rival entre los periodistas porque, como vosotros sabéis, en esa bella profesión que es más bien un apostolado donde se aspira al martirio, la rivalidad está ausente y es incomprensible.

No niego que mi posición es lisonjera. Escritores de genio y escritores medianos han difundido su actividad por todos los géneros literarios. Goethe escribió dramas, novelas, poesías líricas, ensayos críticos y filosóficos, disertaciones extensas y fecundas sobre los colores y sobre la anatomía

comparada. Otros escritores de menos altura han espigado también en numerosas disciplinas. La naturaleza me ha concedido otra originalidad. En mí, en vez de reunirse un número considerable de talentos, se han reunido una cantidad respetable de carencias. Y podría definirme como sin sarcasmo y con mucha propiedad ya definieron a otro escritor: «il avait la chance de n'être ni poète lyrique, ni romancier, ni dramaturge ni philosophe. De là cette union littéraire et unique de quatre talents qu'on n'a pas».

Y termine aquí la contradicción que en pugna con las reglas de la estricta galantería me he visto obligado a hacerle a mi excelente amigo el Sr. Giusti. Acaso él tenga razón en algún punto: a pesar de mi exuberante esterilidad literaria no puedo negar que esa misma aridez ha servido de estimulante a ciertos espíritus selectos. No habiendo producido nada, mi actividad ha servido de incitante a los que debían y podían producir. Aunque no hubiera hecho nada más que excitar la cerebración en talentos tan completos como los de José Asunción Silva y Guillermo Valencia, ya podría decir que mis actividades literarias no han sido vanas. Pero aquellas inteligencias no habían menester impulso exterior: su intensa vida interior era un impulso irresistible. He sido causa de que se lean libros que me parecían dignos de atención; por mi culpa se han discutido ciertas teorías estéticas; he estado siempre del lado de la juventud; no puedo negar que en América se les ha perdido el miedo a las ideas nuevas desde que el pequeño grupo que oteaba en Bogotá desde 1890 las corrientes literarias y filosóficas hizo acto de presencia ante una generación que creía vulnerados sus derechos tradicionales por las teorías de arte que llenaban el ambiente de los nuevos cenáculos literarios.

Antes de terminar quiero dejar testimonio personal del significado de la revista *Nosotros*. En 19 años ha logrado congregarse en sus páginas inteligencias abiertas al influjo de todas las ondas del pensamiento. Liberal, tolerante con las ideas, severa con el mal gusto, dispuesta a fomentar nobles iniciativas, la revista *Nosotros* es leída en Bogotá, en Méjico, en la Habana, con el mismo interés que en Madrid. Caso único de revista sudamericana netamente literaria que haya llegado sin auxilio extraño a la edad de 19 años es vuestra distinguida y valiente publicación. Sin duda desempeña un papel en la cultura del continente, y si acaso en algunos momentos su existencia ha sido precaria es porque se adelantaba generosamente a la civilización de su tiempo.

Ahora debo excusarme por la longitud e incoherencia de esta oración. Me asaltaba al principio un temor invencible; al llegar a las últimas frases esa emoción se convierte en verdadero pavor. Para hablar durante quince minutos he tenido que apelar a la presencia de ánimo atribuida por sus contemporáneos al vencedor en Waterloo. Cuenta la historia que, estando en Bruselas